

DE BUENAS LETRAS

John Ford en Granada

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOGNAC
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Al terminar la sesión de las siete de la tarde, un niño y su padre salieron del cine Capitol, que estaba en un extremo de Recogidas, haciendo esquina con Pedro Antonio de Alarcón. Acababan de ver 'Dos cabalgan juntos' de John Ford, en sesión de reestreno. La cinta estaba muy deteriorada, por lo que las imágenes, de un color desvaído, acusaban el temblor cansado de haber sido usadas en muchas salas. Era una noche de principio de primavera. Antes anocheaba antes. Lo recuerdo bien. El niño se soltó de la mano de su padre para corretear delante de él, mientras se adentraban por calles oscuras que circundaban huertas. Pasaron por las antiguas Casillas de Prats, con su destartada apariencia de cortijo blanco y desubicado. Avanzada la tarde, Granada olía a campo y acequia. Conforme se adentraban por la penumbra, retumbaba en su imaginación el galope de los caballos de James Stewart y Richard Widmark. Con los años, el niño llegó a comprender que sólo gracias a su padre pudo ver esa película, no otra, y justo en ese

momento y en aquella sala. Las cosas son así de simples y de misteriosas. También supo que aquella película sería mucho más que un mero arsenal para sus juegos, porque hablaba de la amistad, del deber humano y del interés, del racismo, de la ira y el amor, de la muerte y del paso del tiempo; y que además fue rodada por un cineasta al final de su carrera, creando un largo plano fijo, a orillas de un río, con el que obnubilaba a los jóvenes rupturistas del 'cinéma-vérité' y la 'nouvelle vague'. Aquel niño aprendió que este viejo director ha sido para el cine lo que Shakespeare a la literatura, Velázquez a la pintura o Bach a la música.

En esta misma ciudad, durante otro tiempo y lugar, otro niño empezó igualmente a ver la vida a través del cine y a amar el cine igual que si fuera la vida misma. Su nombre es Juan de Dios Salas, y lo que fue una pasión, como tantas otras, se iría convirtiendo en un trabajo. Desde 1995 dirige el Cineclub Universitario. Con una labor constante, rigurosa, discreta, sin alharacas, nos ha ido mostrando la filmografía de los grandes

clásicos y de los mal considerados 'artesanos'; lo mismo que nos ha sorprendiendo con rarísimas joyas de la época muda en la Casa Molino de Ángel Ganivet.

Una cosa es digerir películas y otra muy distinta es ver cine; y cada vez es más difícil hacerlo en su ámbito natural: en la gran pantalla. Juan de Dios, como un centauro del desierto, sigue enriqueciéndonos, año tras año, con su enorme sabiduría filmica, acompañado siempre por la amistosa colaboración de otro Juan de Dios, de apellido Caballero, maestro en muchas cosas, y tan conocedor de los entresijos de la proyección que podría haber salido de la cabina del mismísimo 'Cinema Paradiso'.

Ahora, para conmemorar el 120 aniversario del nacimiento de John Ford, el Cineclub Universitario nos brinda un completísimo ciclo que, a lo largo de enero, marzo y mayo, irá desgranando lo más significativo del autor de 'La diligencia' en su etapa muda y sonora. Todo un lujo para la ciudad. Volver a Lordburg, cabalgar por Monument Valley o recorrer la América profunda de 'Las uvas de la ira'; pasear por las calles de Innesfree o entrar de nuevo en la taberna de Donovan nos alegrará el día. Estoy seguro. Todo aquel que ama el cine de Ford no puede ser una mala persona. Hace ya mucho que desaparecieron las entrañables salas de reestreno (Capitol, Gran Vía, Apolo, Victoria, Central...), igual que las Casillas de Prats y tantas cosas. Pero siempre nos quedará el Cineclub Universitario, gracias al tesón de Juan de Dios Salas. ¡Qué diablos!